

dera de plátano. El vigor de su brazo daba, según se cuenta, á aquella arma el peso y el corte de una espada de acero. Cuando murió Abd-el-Murad, Orkhan hizo depositar el arma en el tesoro de las reliquias del imperio.

## XI

Los parientes, los ministros, los compañeros de Orkhan, enriquecidos con gobiernos, y los despojos, edificaron á ejemplo suyo palacios, mezquitas, monasterios, y hospederías en la capital. Los alrededores se llenaron de fuentes, de acueductos, de jardines deliciosos. Los monjes de Bizancio, que habían buscado desde los tiempos más remotos los silvestres y sombríos valles del Olimpo, Arcadias del Asia, cedieron estos retiros á los solitarios musulmanes. Los poetas y los sabios fijaron allí su residencia, prefiriéndolos á las demás comarcas de la Arabia, de la Siria y del Taurus.

Scheiki, el primero de los poetas turcos, escribió en aquellos sitios el poema amoroso de las aventuras de *Kosrew* y de *Schirin*, el cántico de los cánticos en

prosa de los orientales. Otros poetas se ilustraron allí con odas religiosas como salmos, voluptuosas como suspiros. Los teólogos, los jurisconsultos, redactaron en el mismo lugar sus comentarios y sus códigos.

Colonias de Bagdad y de Damasco parecía que poblaban de piedad, de ciencia y literatura á la nueva Bagdad del islamismo. Quinientas tumbas erigidas en memoria de estos teólogos, poetas, héroes, legisladores, visires, atestiguan la magnificencia de los sultanes, y revelan el carácter de aquellos pastores guerreros, inclinados á la meditacion de su piedad y á la embriaguez intelectual de la poesía. Hijo del desierto, movido por la fé, ilustrado por las armas, se descubria en aquel pueblo, mas todavía que hoy, el triple genio de la contemplacion, de la adoracion y del heroismo.

Solo los otomanos se aprovecharon de la paz ó de la tregua de veinte años concluida entre Orkhan y el imperio de Constantinopla. Este imperio abrigaba en su seno la guerra intestina, y las facciones que descomponen á los estados envejecidos habían reemplazado en Bizancio al patriotismo. Remontemos el curso de aquellos años de paz para contemplar el deplorable imperio, cuya última hora aguardaba Orkhan con confianza.



## XII

Después que el usurpador Miguel Paleólogo VIII mandó quemar los ojos al joven emperador Lascaris, obteniendo del clero esclavizado ó cómplice la absolución de su crimen y el reconocimiento de su usurpación, los Andrónicos Paleólogo se habían disputado el trono ó habían disfrutado de él alternativamente. Andrónico II tenía un hijo, al que había dado el nombre de Miguel para renovar su memoria de Miguel Paleólogo, su abuelo y fundador de la dinastía. Este segundo Miguel, verdadero Britannicus del imperio que se desplomaba, había sido asociado á él por su padre Andrónico. Léjos de abusar de esta elevación prematura, Miguel había peleado con desinterés y fidelidad durante veinte años por la defensa y la gloria de su padre y su colega. Murió sin reinar, y dejó su hijo menor de edad, esperanza é idolo de su abuelo. Este niño recibió el nombre de Andrónico el joven, para distinguirlo del anciano Andrónico, que lo educaba para el trono. Indigno de la sangre de su padre, lo cor-

rompieron antes de tiempo las condescendencias y las adulaciones de la corte de Constantinopla.

Sus compañeros de disolución, impacientes por devorar su reino, y viendo que el viejo Andrónico vivía mas de lo que á su ambición convenia, le persuadieron á que pidiese al emperador una provincia que gobernar anticipadamente para que se ejercitara en el mando con autoridad independiente y absoluta libertad de costumbres. Ofendióle á Andrónico una ambición tan anticipada de reinar y reprimió con justa severidad los desórdenes con que su nieto escandalizaba á la capital. Un fratricidio anunció muy luego á Constantinopla el reinado de un Neron del Oriente. Sospechando que una cortesana griega, que le hizo gustar de los primeros deleites del amor, recibía por la noche á otro amante, apostó bajo las ventanas de aquella mujer jóvenes armados, instrumentos de sus desarreglos, con orden de que mataran al primer pasajero que juzgaran su rival. Fuera acaso ó rivalidad, su hermano, el joven Paleólogo, pasó á aquella hora por la calle, y cayó bajo las puñaladas que le asestaron los amigos de Andrónico. Esta desgracia ó este crimen, que privaba á Andrónico II de uno de sus nietos por tramas ó vicios del otro, llenó de dolor y de cólera el corazón del desgraciado príncipe.



En su indignacion, el emperador designó para que le sucediera al tercer hijo de Miguel. Andrónico, heredero natural y desposeido apeló á la justicia. Un fallo contrario y su deposicion del rango de Augusto eran evidentes si los jueces hubieran sido libres. Pero la faccion del ambicioso jóven intimidó con su crecido número, sus gritos y sus armas, no solo al tribunal, sino al mismo emperador. Las salas del palacio se hallaban llenas de una muchedumbre amotinada de cortesanos, que se creían heridos con el castigo de su jefe. Como acontece en las épocas de decadencia de costumbres, la popularidad no acompañaba á la virtud sino á la audacia; los vicios se veían coronados en la cabeza de Andrónico. Desarmado el emperador transigió con su nieto, y lo perdonó mientras le arrebatava el trono. Andrónico anticipó con una conjuracion la hora de precipitar á su abuelo.

## XIII

El alma de esta conjuracion palaciega era el camarero mayor, Juan Cantacuzeno, cortesano, político,

escritor, hombre de esos que las civilizaciones envejecidas hacen surgir entre los pueblos y los tronos, que reúnen en sí la elegancia de las costumbres, el arte de la palabra, la flexibilidad de los aduladores, la venalidad de los ambiciosos, y el talento de los conspiradores. Juan Cantacuzeno, hábil para prepararse un reinado minando otro reinado, procuró la evasion nocturna del jóven Andrónico y huyó con él á Andrinópolis.

Un ejército de cincuenta mil griegos, mas dispuestos siempre á destrozár el imperio que á defenderlo, se reunió de las ciudades inmediatas á la faccion del jóven Andrónico y Cantacuzeno. Dividido el imperio tuvo durante siete años dos capitales, dos ejércitos, dos señores. Esta guerra parricida entre el abuelo y el nieto, suspendida por tanto tiempo por las negociaciones de Cantacuzeno, se terminó sin choque con la division de las provincias, de los honores y de los tesoros del trono. Pero esta division, que legitimaba la rebeldía del pretendiente no le bastó poco despues. Las derrotas sucesivas que sufrió el viejo Andrónico peleando contra los otomanos, daban pábulo y alimento á las quejas de su jóven colega.

« Cuan diferente, decia á sus pueblos, es mi situacion de la del hijo de Filipo de Macedonia! Alejandro se quejaba de que su padre no le dejaba nada



« que conquistar, y yo me quejo de que mi abuelo  
« no me dejará nada que perder! »

## XIV

Tales palabras, prometiendo un vengador á Constantinopla, privaron al viejo Andrónico de la fidelidad de los soldados y del amor del pueblo. Sorprendido y forzado el palacio, el emperador quedó á merced de su nieto.

Abandonado por sus cortesanos, rodeado únicamente de sacerdotes y de pajes, el soberano destronado, sin sospechar el peligro durante la noche, oyó al despertar el ruido de las armas en su aposento y las aclamaciones de las tropas que proclamaban su caída. Prosternado á los piés de una estatua de la Virgen, aguardó así la muerte ó la indulgencia de su rival. Perdonósele la vida, más bien por desden que por generosidad. Cantacuzeno no tenia necesidad de verter una sangre que hubiera provocado á la venganza, y le convenia que conservaran esperanzas las dos grandes parcialidades cuyo equilibrio soste-

nian sus hábiles manos, contraponiendo la una á la otra con mucha discrecion.

Permitióse al emperador destronado y ciego la residencia en las habitaciones retiradas del palacio, algunos honores vanos y una pension de diez mil piezas de oro. Para alivio de su dolor y ceguedad, no tenia mas distraccion, segun refiere su historiador, que errar por la soledad de su aposento, y oir el cloqueo de las gallinas, único ruido que llegaba hasta él de los patios desiertos del palacio.

En fin los partidarios de su nieto, que temian siempre una reaccion en favor del anciano, lo obligaron á confirmar su abdicacion haciéndole vestir el traje monacal y pronunciar los votos de abnegacion monástica. El anciano emperador, bajo el nombre de fray Antonio, se veia reducido á suplicar á su nieto para obtener de su munificencia una túnica forrada que lo preservara de los rigurosos frios del invierno. Su médico le prohibia el uso del agua, y su confesor el del vino. Obligado á apagar su sed con sorbete de Egipto, vivió abandonado en el palacio donde habia reinado por espacio de tantos años, ofreciendo á su pueblo y dejando á la historia el ejemplo mas memorable de la ingratitud humana, muriendo al fin con el hábito de fraile que se vistió despues de haber llevado el de púrpura.



## XV

Su nieto, el ingrato Andrónico III, gozó de un poder tan indignamente adquirido, sin reparar los males del imperio. Su escandalosa conducta lo llevó prematuramente al sepulcro, dejó por heredero á un hijo que habia tenido de una princesa de Saboya. Este hijo se llamaba Juan Paleólogo. Cantacuzeno, el camarero mayor, gobernó durante la minoría de este muchacho. El poder de este dignatario de palacio, que hemos visto compartiendo el de su primer señor á fuerza de intrigas, era igual al de los emperadores. El registro de su fortuna privada recuerda la opulencia de Lúculo ó de Crasso en Roma. La confiscacion de su tesoro á consecuencia de su primer destierro, bastó para equipar una flota de sesenta navíos. Sus graneros contenian provisiones de trigo y cebada para una capital. Dos mil pares de bueyes labraban sus tierras en Tracia, dos mil quinientas yeguas poblaban sus puestos de potros; trescientos camellos, quinientos mulos, quinientos asnos, cinco

mil terneras, cincuenta mil cerdos y setenta mil carneros llenaban sus establos ó se apacentaban en sus prados.

En donde un particular posee tal riqueza, el Estado se empobrece muy pronto. Semejante fortuna basta para tener á sueldo á una ó mas facciones. Andrónico el Joven habia querido muchas veces asociarlo al imperio; pero él se habia contentado hasta entonces con poseer el poder sin arrogarse el título. Su regencia, durante una larga minoridad, le ofrecia mayor seguridad y no lo exponia tanto á los tiros de la envidia.

Pero Ana de Saboya, madre todavía joven del emperador, estimulada por un rival de Cantacuzeno, reivindicó temerariamente la tutela de su hijo. El clero y el pueblo de Constantinopla se declararon en favor de la madre y en contra del camarero mayor. Sus bienes fueron confiscados, la madre encerrada en un calabozo.

Juzgado entónces Cantacuzeno que no habia para él salvacion si no se apoderaba del trono, sedujo el ejército que mandaba, y se hizo proclamar emperador en Demótica, ciudad de Tracia. Sus oficiales griegos y los guerreros cruzados que poblaban las filas de sus tropas le calzaron los borceguíes de púrpura, signo del imperio.



## XVI

Constantinopla y las provincias no secundaron la rebelion del ejército. El clero, los magnates y el pueblo preferian el reinado débil de una mujer y un niño al reinado imperioso de un gran político. Los tesoros de los palacios y de las iglesias sirvieron en Bulgaria para suscitar enemigos á Cantacuzeno. Su ejército, encerrado mucho tiempo en sus atrincheramientos, languidecia en la inaccion. Por último, abandonado por sus tropas, el usurpador se refugió en Tesalónica vencido sin combate. De allí pasó á Servia para implorar el apoyo del déspota de los serbios, pueblo bárbaro que comenzaba á mezclarse en las querellas del Oriente, echando en ellas el peso de sus armas. Despues de haberlo recibido bien, los serbios lo despidieron sin insultarlo, pero tambien sin socorrerlo. Cantacuzeno volvió al mar, é imploró la alianza de los otomanos, conquistadores de su patria.

Una de sus hijas, dada en matrimonio al emir, fué la prenda de aquella alianza que hizo temblar en Constantinopla á los enemigos de Cantacuzeno. Dos parientes suyos, presos en palacio, viendo un dia al primer ministro de la emperatriz examinar sin acompañamiento las obras que habia mandado hacer en los patios de su prision, cogieron los útiles de los trabajadores, se precipitaron sobre el ministro y lo dejaron muerto á sus piés. Rompiendo entónces sus cadenas, y colgando en una almena la cabeza del ministro asesinado, los presos del partido de Cantacuzeno llaman al pueblo á la libertad. Pero el pueblo conmovido por las lágrimas de la emperatriz y de la viuda del muerto, respondió á esta provocacion forzando las puertas de las prisiones é inmolando, inocentes ó culpables, á todos los presos que se sospechaban adictos á la causa del usurpador. Este se acercó á Constantinopla con tropas turcas.

Ana de Saboya, amenazada por una rival de poder que se sentaria como emperatriz en el trono que ella ocupaba, juró hallar sepultura entre los escombros y las cenizas de su palacio. Pero su juramento no pudo procurarle la victoria. Vencedor Cantacuzeno, entró en Constantinopla con sus auxiliares, trató con respeto á la emperatriz, dió por esposa otra hija suya al jóven emperador, y se contentó con la regencia



durante diez años. Los hijos que nacieran del matrimonio del emperador y de su hija deberían confundir la sangre de las dos familias que aspiraban al imperio, la de los Paleólogos y Cantacuzenos. Empobrecido el imperio por la guerra civil, estaba tan destrozado, y exhausto, que el festin de la boda imperial fué servido en vasijas de estaño y de arcilla.

## XVII

Esta reconciliación fué agitada y breve. El joven emperador se apartó á su vez de su colega el regente, huyó á Tesalónica, solicitó el favor de los servios, y vencido se refugió en un esquite en el peñon de Tenedos, en frente de los Dardanelos.

Cantacuzeno, indignado con esta agresión correspondió á ella haciendo coronar á su hijo y proclamarlo emperador en Constantinopla. Los mercaderes genoveses, que habian construido una ciudad con permiso de la corte imperial á la vista de Bizancio, en la orilla opuesta al Cuerno de Oro, conspiraron con los partidarios encubiertos de los Paleólogos en con-

tra del usurpador. Penetrando en el puerto por la noche con dos galeras genovesas, cargadas de soldados y de armas, se hicieron abrir la puerta del palacio. A los gritos de « ¡victoria y fidelidad al emperador Paleólogo! » Arrastraron á la sedición á la misma guardia de Cantacuzeno, despertando este con el grito vengador y encerrándose en lo interior de su palacio, abdicó para economizar, segun decia, la sangre de la patria. Retiróse á un monasterio tomando el nombre de padre Josafat, y no pudiendo trastornar otra vez el imperio, quiso en cambio trastornar el cielo.

## XVIII

Una doctrina mística, emanada de los fakires de la India, traida al Asia Menor por derviches musulmanes, y adoptada con supersticiosa necedad por algunos frailes cristianos, apasionaba á la sazón el espíritu alambicado de los griegos, mas aun que las discordias civiles y las catástrofes del imperio. Un santo Abad, superior de millares de monjes que poblaban



los valles y pericuetos del monte Athos, colmenar de cenobitas, habia explicado de esta manera á sus subordinados la doctrina que preocupaba al mundo teológico:

« Cuando esteis solos en vuestra celda, cerrad la puerta y sentaos en un rincon. Levantad vuestra imaginacion sobre todas las cosas vanas y transitorias; apoyad vuestra barba en el pecho, dirigid vuestras miradas y vuestros pensamientos al centro del vientre, donde está el ombligo, y buscad así el asiento del alma. Al principio todo os parecerá desorden, oscuridad y confusion. Pero si perseverais noche y dia, sentiréis un goce delicioso. Desde el momento en que el alma ha descubierto el sitio que alberga el corazon, disfruta de una luz mística y etérea. »

Este sueño de los quietistas modernos, copiado del de los quietistas orientales, debia fascinar el genio argumentador de los griegos, ejercitado durante siete siglos en las controversias sacerdotales. Distinciones inexplicables que pretendian explicarlo todo vinieron á oscurecer las mismas tinieblas. La pasion se apoderó de aquellos fantasmas de la imaginacion para introducir la discordia en los corazones. Origináronse facciones teológicas mas ásperas y sanguinarias que la facciones del palacio.

El furor de los frailes del monte Athos amenazó

la vida de otro monje llamado Barlaam, que negaba la divinidad de aquella emanacion luminosa del ombligo humano. Otro fraile, que se llamaba Palamos, pretendió que aquella luz era el medio divino que habia deslumbrado á los discípulos del Cristo durante su transfiguracion en el monte Tabor. El imperio entero tomó parte en pro ó en contra de esta alucinacion del monte Tabor.

Canfacuzeno presidió como emperador el sínodo que declaró artículo de fé esta creencia en la divinidad de la luz. Los que no creian en esta quimera de los visionarios fueron privados de sepultura. En el claustro continuó defendiendo con sus escritos lo que habia apoyado con su poder cuando ocupaba el trono. Los últimos años de su vida los pasó defendiendo con la polémica estas puerilidades.

## XIX

El imperio le debió el primer ejemplo del matrimonio de una princesa cristiana de la familia imperial con un emir otomano. Los embajadores de Orkhan fueron á Selymbria, situada en la costa de Eu-



ropa, á recibir á la bella Teodora, hija de Cantacuzeno y de su mujer la emperatriz Irene. En la playa se habia erigido un inmenso pabellon de seda para que sirviese de gineceo á la emperatriz Irene y á sus hijas. En él pasaron la noche. Al amanecer, el emperador se presentó á caballo á la cabeza de sus tropas delante de la tienda. Descorriéronse las cortinas; la jóven y hermosa Teodora, víctima sacrificada á la concordia de las dos razas, se presentó á los griegos y á los turcos sentada en un trono, cuyo dosel de oro y seda asombró á la sencillez de los otomanos. Los eunucos del palacio de Constantinopla, degradacion de la humanidad, cuyo infame uso copiaron los turcos de los corrompidos emperadores cristianos, estaban prosternados con la frente en el suelo, al pié del trono, Las trompetas llenaron los aires de sonos belicosos.

A esta señal, Teodora, que lloraba á su madre, á su Dios y á su patria, fué confiada á los embajadores de Orkhan. Una flotilla turca la trasportó á la opuesta playa, donde la esperaba su esposo. Las dos religiones se habian hecho concesiones recíprocas para co-honestar el doble sacrilegio á los ojos de las dos razas. Teodora tenia derecho para conservar el culto de su infancia en el harem de Brussa. Aunque esposa de un hombre que tenia otras esposas en su palacio,

ella vivió como cristiana piadosa é irreprochable en medio de las costumbres musulmanas, conquistando el amor de su esposo y el respeto de los turcos con su noble conducta.

Pocos meses despues de este adulterio entre los dos imperios, Cantacuzeno, poseedor de Constantinopla por el apoyo que le prestó su yerno, fué á visitar á su hija el palacio de Brussa. Orkhan, acompañado por cuatro hijos que habia tenido con otras mujeres, le salió al encuentro del emperador, hasta Scutari. Orkhan obsequió á su suegro con festines y cacerías. Teodora obtuvo permiso para volver de vez en cuando á visitar á su madre y á sus hermanas en la patria y en los templos de su niñez. Volvió siempre con fidelidad á Brussa, aun despues que la ambicion hizo olvidar á Orkhan los juramentos de eterna amistad que habia hecho al padre de su mujer. Pero el emperador griego se habia visto obligado á aceptar de los que lo vencieron, convertidos en protectores suyos, una ley mas odiosa y mas antipática al honor y á la fé de los cristianos. Los turcos habian estipulado en su favor el derecho de conducir sus esclavos prisioneros, aunque fueran cristianos de origen, y de venderlos en los mercados de Constantinopla, á fin de sacar por ellos un precio mas elevado.

Entónces se vió, dicen los historiadores bizanti-



nos, para vergüenza de los hombres y de los ángeles, á una multitud de cristianos de todas edades y de ambos sexos, cerrados como rebaños sin dueño en las plazas de Constantinopla, y vendidos al que mejor los pagara, cristiano ó bárbaro, sin acepcion de culto. Los turcos los cargaban de hierros y los maltrataban en presencia de sus compatriotas griegos, á fin de excitar á los cristianos ricos á rescatar á sus hermanos por compasion. Pero apesar de aquella emocion pública, un crecido número de niños y doncellas quedaron sin vender, y fueron llevados otra vez á las provincias turcas de Asia para que abjuraran su fé ó sufrieran una dura esclavitud en manos de señores mahometanos.

## XX

Orkhan, á quien su padre habia dado por esposa, á la edad de doce años, á la bella y famosa Nilufer, tenia mas de sesenta cuando se casó con Teodora. Soliman, su hijo primogénito, se ejercitaba bajo su direccion en las armas y la política. Orkhan le habia dado el gobierno absoluto de la antigua Misia,

donde los mismos bárbaros admiraban las ruinas de la opulenta ciudad de Cízico, destruida y despojada por Lúculo. Las ruinas de Cízico están situadas en una península del mar de los Dardanelos, en frente de la costa de Europa. Una noche en que Soliman, sentado á orillas del mar, contemplaba con solemne recogimiento aquellos restos de templos y de palacios, iluminados como monumentos fantásticos, por la escasa luz de un cuarto de luna, una niebla trasparente, impelida por el viento del Norte, se extendió sobre aquellas ruinas y les imprimió con sus ondulaciones la apariencia de la vida y del movimiento. Creyó que aquellos fantasmas de ciudades sacudian su sudario y se alzaban de sus sepulcros. El rumor de las olas que venian hasta sus piés, aumentaba la ilusion, fingiéndole el murmullo sordo de una ciudad que se despierta. Se acordó de aquella luna profética que saliendo en sueños del seno de Edebalí, y representando á la bella y fecunda Malkatun, habia aparecido á su abuelo Othman en las gargantas de la Frigia. Esta segunda aparicion de la luna, que alumbraba juntamente el Asia y la Europa en un teatro tan solemne, le pareció la confirmacion de la promesa hecha á su abuelo, y un reproche dirigido á la contemporizacion de su padre Orkhan. De esta suerte, la crédula sencillez del pastor se mezcla



siempre en el turco, con el heroísmo del guerrero. El Oriente tiene sueños en todas sus historias. Una luna guía á los otomanos, primero á Frigia, despues á Europa.

## XXI

Apénas vuelto en sí de su contemplacion, Soliman comunica su sueño á los guerreros que le habia dado su padre para compañeros de guerra y de política en Mysia. Eran Adji-Beg, Ghazi-Fazil, Evrenos, Ilbeki, antiguo visir de un príncipe turco, ahora vasallo de Orkhan. Estos hombres tan sencillos de espíritu como firmes de corazón, creyeron un prodigio lo que era una aparicion natural. El zelo que los devora por la propagacion de la fé del profeta une la confianza con la intrepidez. No arguardan á que amanezca para dar cumplimiento á lo que ordenan los astros. Montan en sus caballos siempre ensillados alrededor de las tiendas, y parten al galope hácia el puertecillo inmediato á Cízico, llamado Gurudjuk. Una barca de pescadores los trasporta en medio de las tinieblas á la corte de Europa, próxima á Galí-

poli; recorren rápidamente las campiñas circunvecinas de Tzympe, otra ciudad de guerra de la Tracia; cogen á un griego que salia de las puertas, lo obligan á entrar con ellos en la barca que los vuelve á llevar á Gurudjuk, y preguntan al prisionero si les será fácil sorprender á Tzympe.

Pero Soliman y sus secuaces carecian de buques que llevaran sus tropas á la orilla opuesta. Al dia siguiente construyeron dos balsas con troncos de árboles, sujetos unos con otros con correas de buey, y les pusieron velas y remos. Al oscurecer se embarcan trescientos guerreros en aquellas toscas embarcaciones. La corriente, el viento y la noche los favorecen, saltan silenciosos en tierra, se acercan sin ser percibidos á las fortificaciones desiertas de Tzympe, las escalan acumulando en los fosos los escombros que han arrojado los habitantes por la muralla; la cosecha, que tenia á casi toda la poblacion en los campos de la Tracia los favorece. Degüellan á los pocos soldados que habia en la ciudad; van á buscar á la costa de Mysia nuevos refuerzos, y establecen en poco tiempo una guarnicion de tres mil turcos en los muros de Tzympe, desafiando y amenazando desde allí á la ciudad rica y fuerte de Galípoli, baluarte de la Tracia.



## XXII

Diez mil ginetes de Orkhan, protegidos en sus incursiones por la ocupacion de Tzympe, penetraron en la Tracia. El cielo parecia conjurado con los otomanos contra aquella desgraciada provincia, granero del imperio. Sus villas y ciudades fueron arruinadas por fuertes temblores de tierra. Un sacudimiento mas prolongado que los demás abrió dos espaciosas brechas en los sólidos muros de Galípoli. Soliman entró por ellas seguido de sus compañeros. Galípoli, la llave de los Dardanelos y del mar de Mármara, la ciudadela y el arsenal del imperio, una de las primeras conquistas de Alejandro, cayó en poder de dos jefes de hordas tártaras, Adji-Beg y Ghazi-Fazil. Ellos dieron su nombre á la fértil llanura de Tracia que rodea la ciudad; y sus dos sepulcros, dice el erudito Hammer, son todavía visitados por los turcos como los dos primeros mojones que el imperio otomano plantó en Europa.

## XXIII

De vuelta á Mysia, Soliman inundó sucesivamente la Tracia conquistada de hordas turcas, árabes, mongoles, que se sustituyeron en todas las costas del Hellesponto á la poblacion griega, ó que dividieron con los vencidos las ciudades y el territorio. A fines del año de 1357, las márgenes del Hebro estaban cubiertas con sus tiendas y sus caballós hasta las gargantas de Chariupolis. Durante muchos años, una corriente incesante parecia que llevaba á los pueblos asiáticos á la costa Europea, *Cartas de victoria*, especie de manifiestos de conquistas notificadas al mundo, segun el uso Oriental, fueron enviadas por Orkhan, una tras de otra, desde su capital de Brusa, á todos los Khanes, emires ó sultanes del Asia Menor.

Estas cartas de victoria, difundiendo su fama y la de su hijo Soliman, sometian cada vez mas á su dominio á los emires de la Jonia, de la Caramania, de la Colchida y del Taurus, que se negaban todavía á reconocer su supremacia. Orkhan autorizó á Soliman á que trasladara su residencia al seno de sus



conquistas de Europa y le señaló por capital á Galipoli.

Los viajeros que pasan por delante de las verdes colinas bañadas por el mar que moja los piés de esta ciudad, ven todavía en las brechas abiertas en espesos muros, en las cúpulas y alminares mezclados con los arcos y las torres de las iglesias bizantinas, los vestigios de dos pueblos y de dos religiones que se han hecho la guerra, y que han concluido por confundirse en la misma playa. Los valles circunvecinos fueron dados por Orkhan en feudo perpetuo á los principales compañeros de armas de su hijo.

#### XXIV

Soliman no gozó mucho tiempo de su fortuna y de su gloria. Había trasportado á Europa el gusto, el lujo y los ejercicios belicosos del desierto. Un dia que cazaba gansos de Tracia en los pantanos del Hebro, cerca de un plátano, célebre como el de Godofredo de Bullon junto á Constantinopla, llamado *el árbol del Seid ó Cid*, su caballo, que rivalizaba en

ardor con el vuelo de su halcon, lo lanzó con tal fuerza contra el tronco del plátano, que espiró sin proferir una palabra.

Desesperado Orkhan con la pérdida de este héroe, hijo primogénito de Nilufer, y gloria naciente de su casa, le mandó construir un magnífico sepulcro á las orillas elevadas y siempre murmurantes del Helesponto, que habia conquistado. Este sepulcro, frecuentado por los peregrinos hasta nuestros dias, recibe todavía las visitas, los elogios y las lamentaciones de los otomanos, que celebran á Soliman como al primer invasor de Europa. Los cipreses que lo adornan brillan al resplandor de la misma luna cuyo creciente profético hizo soñar á Soliman en su navegacion por el mismo mar que lo trasportó en su balsa á Tzympe.

Los turcos invocan el nombre de Soliman en los dias de peligro. Algunas veces aparecia en las batallas á través del humo del cañon, montado en un caballo blanco y rodeado de sus héroes divinizados, como los cadáveres de los monumentos de Cizico le aparecieron á él mismo movibles y resucitados á través de la bruma de la noche que encubrió su pasaje á Europa.